

Los hijos yonquis

Si su hijo pregunta más veces por su cargador nuevo que por su viejo abuelo; si termina las clases y se pasa horas y horas con el ordenador en su habitación; si, cuando llega el sábado, ya prefiere quedarse a jugar con la Play en casa antes que salir con sus amigos; si se lleva el smartphone al baño, y a la cocina, y a comprar el pan, y al instituto, y al Louvre (si es que fuera al Louvre); si, cuando hay un viaje familiar en coche, su hijo no mira jamás por la ventana: no ve las nubes que pasan, ni los campos, ni una señal de stop, ni los ojos del padre por el retrovisor: mira qué puesta de sol, hijo; si antes leía y ya lo hace menos; si antes incluso dibujaba y ya no; si conoce todas las series de Netflix; si su hijo nunca utiliza el teléfono para llamar, si además dice que eso de llamar por teléfono es de gente mayor; si mira el Instagram pero pasa de telediarios; si este fin de semana ha sido más de lo mismo, y hoy, y ahora mismo está siendo; entonces, decimos, es que tiene un yonqui en casa.

Los hijos yonquis. Los ves ahí picoteando y te recuerdan bastante a las palomas de Zeiler. En la década de los 70, el psicólogo Michael Zeiler se dedicó a estudiar el comportamiento de las palomas. El ejercicio consistía en recompensarlas con alimento cada vez que realizasen algo deseable. Así,

comprobó que las palomas picoteaban el doble de veces y liberaban mucha más dopamina (el neurotransmisor del placer) cuando, curiosamente, la recompensa no era segura. Una conducta que entre los humanos conocemos muy bien: justo desde que Facebook introdujo el botón de Me gusta en 2007.

Si su hijo habla poco, si siempre mira abajo y no arriba, si tarda en concentrarse, si no se quita los putos cascos, si antes era un ser humano... Así empieza un ensayo que el periodista Andrew Sullivan escribió para New York Magazine: «Antes era un ser humano». Sullivan reconocía que había sido un adicto a internet, un yonqui de las pantallas, un drogoweependiente. Hasta que, después de 15 años enganchado hasta la saciedad, empezó con la desintoxicación: «El incesante bombardeo de noticias, cotilleos e imágenes nos ha convertido en maníacos adictos a la información. Ha acabado conmigo», advierte. «Y es posible que acabe contigo también». Pero yo les estaba hablando de su hijo, que sigue allí dentro, que ya no sabe, que ya no contesta. Venga. Arranque los cables. Ojalá que cuando usted abra la puerta de su habitación no sea demasiado tarde.

PEDRO SIMÓN.

El Mundo, 1 de febrero de 2021

www.davidferrer.net

resumen

En muchos adolescentes y jóvenes actuales pueden observarse comportamientos individualistas que obvian el mundo exterior y los afectos cercanos puesto que se centran de manera obsesiva en cuanto procede del móvil o la tecnología. Son numerosos los síntomas que reflejan una peligrosa adicción que debe corregirse a tiempo o de lo contrario podrían convertirse en adictos o "yonquis" del móvil, del ordenador y los contenidos en línea.

Tema, tesis y argumentos

El **tema** de la columna es el uso excesivo del móvil y otras tecnologías por parte de los adolescentes.

El texto tiene una estructura inductiva por la que el autor va aportando situaciones y argumentos ejemplificativos para al final dar la solución al problema: en el tema silencioso de la adicción al

móvil, se debe actuar cuanto antes. Esta es una tesis explícita que figura al final mediante una alusión directa al lector: “Venga. Arranque los cables”.

Hay un alto nivel de argumentación en toda la columna, donde predominan fundamentalmente los **argumentos de ejemplo**: se trata de un gran número de situaciones comunes que viene marcadas por el nexos *si*. “Si termina las clases y se pasa horas...” El autor está presuponiendo un comportamiento generalizado achacable a cualquier usuario de esa edad, por lo que podemos decir que son **argumentos de generalización**. Con posterioridad, Simón señala un **argumento de analogía** con las palomas que es, a su vez, un **argumento de autoridad**: “En la década de los setenta, el psicólogo (...)”. Hay una cita de un libro del periodista Sullivan que puede calificarse de **argumento de autoridad y citas**. El texto termina con alusiones directas al lector, que podríamos señalar como **argumento ad-hominem**: “pero yo les estaba hablando de su hijo”.

www.davidferrer.net

Cohesión

Se trata de una típica columna de estructura tripartita en la cual podemos observar los tres mecanismos de cohesión o rasgos de estilo siguientes:

A. Hay dos elementos estructurales que llaman la atención. Por una parte, como señalamos al principio, la estructura tripartita que le sirve a Pedro Simón para introducir una serie de argumentos en el primer párrafo, señalar mediante un sintagma el problema en el segundo (los hijos yonquis), conectando así con el título, y retomar la ejemplificación reforzada en el tercer párrafo donde va a plantear la tesis. Como puede verse, primer y tercer párrafo tienen elementos sintácticos comunes como es una isotopía gramatical que se aprecia en el uso reiterativo y paralelo de oraciones condicionales introducidas por el nexos *o* conjunción “*si*”: “si su hijo pregunta (...), si se lleva al baño (...), si mira el Instagram...” Esto va creando además una dualidad en el uso de la tercera persona para referirse al hijo que el autor contrasta con una segunda persona, directa y de usted, para aludir al lector y tratar de influir en él (*tiene un yonki, arranque los cables...*)

B. El tema del texto es el de la adicción al móvil por lo que podemos señalar un nivel léxico culto donde abundan los tecnicismos de la tecnología y las comunicaciones (smartphone, internet, Play, Instagram, gusta...). A medida que la estructura de la columna avanza, y se van aportando nuevos argumentos, encontramos tecnicismos de la psicología y la medicina (dopamina, neurotransmisor...). De igual modo, incluiríamos aquí neologismos formados por composición como “drogowebedependiente”, así como sintagmas nominales de nuevo uso como “maniacos adictos a la información”. De forma paralela, y al ser un tema actual y habitual, contrasta este nivel culto del lenguaje con el uso de coloquialismos y vulgarismos, que acerquen y llamen la atención del lector. Podríamos citar aquí una palabra propia de otra época pero actualizada en este campo semántico como “yonqui” así como vulgarismos como “putos cascos”.

C. En cuanto a los aspectos puramente de cohesión, la organización del texto viene derivada de ese uso reiterativo de las condicionales. Esto implica que primero se van aportando las subordinadas condicionales y al final del párrafo se aporta la proposición principal: “si su hijo no mira (...) si mira el Instagram pero pasa de telediarios (...) entonces, decimos, que tiene un yonki en casa”. Todo va reforzando la estructura inductiva del texto (idea principal al final). Para dar cohesión a esta estructura tan larga son frecuentes los conectores como “entonces”, “así”, “pero”. También abundan las referencias anafóricas para referirse a los hijos mediante pronombres átonos: “los ves ahí picoteando”, el uso de deícticos “les estaba hablando de su hijo”. Cuando el tono quiere ser más duro, se alternan los sintagmas sin verbos “los hijos yonquis” con las oraciones imperativas simples “arranque los cables”, o la yuxtaposición de oraciones adjetivas “que ya no sabe, que ya no contesta”. Podemos señalar, finalmente, una antítesis entre el pasado y el presente que se marca con adverbios: “si antes leía y ya lo hace menos”, “antes era un ser humano”, “que ya no sabe”.

www.davidferrer.net

Opinión

Desde que surgieron las pantallas, estas han creado un efecto hipnotizador. Lo que ha ido cambiando con los años ha sido su ubicuidad: al principio un televisor, después dos, ordenadores de sobremesa, portátiles, tablets y, finalmente, móviles con conexión permanente. El problema no es, por tanto, la pantalla en sí sino su ubicuidad que nos hace poder acceder a información valiosa o irrelevante en cada minuto de nuestra vida. El artículo de Pedro Simón se centra en esta drogodependencia visual que parece ceñirse en los adolescentes pero que, si observamos a nuestro alrededor, se encuentra en restaurantes, hogares, gimnasios, conciertos, exposiciones. Es decir, no sólo donde habitan los jóvenes.

Lo que si que es cierto, y ahí coincido con Pedro Simón, es que el cerebro de un niño o de un adolescente está en evolución y aprendizaje y que, por ello, ensimismarse con lo que proviene de la pantalla es un peligro real. Pero, como todo, ser padre debe ser una elección y, desde luego, una responsabilidad. El móvil, la Play, el ordenador no son enemigos sino aliados si saben utilizarse con límites, horarios y cautelas.

www.davidferrer.net